

863  
S.



## Bonda Tristeza.

A DON LUIS LOPEZ MASSE.

¡Qué puebluco roñoso! dizque dijo al llegar el rufiancete sobrino del Cura, porque ha metido en tres ó cuatro partes el hocico.

¡Haragán y bellacazo! Mi pueblo huele á mejorana, tiene paisajes que parecen únicos, y su airecillo helado siempre, enrojece los carrillos apergaminados con sus alegres cachetinas.

Por un lado amarillentos lomeríos; por otro, azulados montes húmedos, y á Norte y Ocaso largas campiñas fértiles, humeantes rancherías, vacadas y..... ¡más campos y más ríos! Vamos!

Dan sombra á la iglesuela cenizos eucaliptos cuyas hojas siembran el atrio de corvas navajas de palenque, y á los bardales que la resguardan, abrigan á su vez jazmines y rosales. Dentro.....¡pues oro en volutas, oro en altares y oro en colum-



natas! ¡Ah, y eso sí, alumbrado constantemente por cirios cuyas flamas vánse bajando como en humilde acatamiento, Nuestro Padre Jesús de Villahelada! ¡Milagro de veras!

Por calles y arbolados ríen tan limpios arroyuelos, que parecen de luz; pardas techumbres simulan viejísimos libros abiertos, y los Domingos, desgañitándose las esquilas en desesperados molinetes, congregan á los campesinos que salen, concluida la misa, contoneándose y carraspeando, luciendo el amplio calzón de manta, los rechinadores zapatos, la tabardina de colores y el sombrero de paja con escarchada soguilla de oro; al lado, las trenzonas mujeres de túnicas de cambaya y arracadas de columpio; atrás, chicuelos de sudorosas frentes por el agua bendita que se untaron de prisa, y después el licenciado murmurador y quemante como un cacharro de puchero, turbas de viejecitas de sayas de merino y camándulas de hueso, parvadas de jóvenes sonando garbosamente las botas de paseo en cuya punta que traviesa espía bajo la orla de aplanchado percal se ahoga el sol, y por último, remangándose la capa, el Cura coloradote, sancochado, mascullando rezos ó quizás comiendo piñones que hacen su delicia, sigue el tumulto que se desbanda en la plazoleta obstruída á trechos por esteras sobre trípodes de palo, á cuya sombra diversos frutos exhalan sus perfumes. ¡Ah! y atrás el pobre barbero

que va mostrando en una bolsa el pico hambriento de las tijeras.

Yuca enmelada, naranjas y limones de saborcillo quemajoso, se agrupan en la fresca plazoleta. Aquí cestones con legumbres y pescados, allá huevos y pollos descabezados, y en las banquetas de piedra, lustradas por el roce, una constante rebatiña de moscardones.

Entre aquella multitud promiscua, Margarita y Carmela, sobrinas del señor cura, andan regateando ciruelas y magullando chirimoyas. Dicen que gustan de mentirijillas, y que tras los balcones espían y comentan vidas, sacando las cabezas al menor ruido como inquietas golondrinas. ¡Pero tienen el alma blanca como espuma de leche fresca, y la sesera durísima para avejarrones de malos pensamientos. ¡Frescas de rostro y espíritu!

En su casa todo brilla: macetas florecidas de acanto, pajarillos que trovan, higueras arracimadas, manojos de siempreviva, todo! La sala está charolada de puro limpia; el piano, con algo de carraspera, soporta pacíficamente fruteros de porcelana colmados de incitantes frutos de cera; en los muros, primores de aquellas manos: tarjeteros de serojo, repisas de chaquira y bordados de áurico gusanillo; en las rinconeras polvosas, santos prisioneros bajo fanales sin mancha, y en los sillones y consolas, tejidos de gancho y cojincillos de raso. ¡Las demás piezas ni se diga! ¡Y qué sopas de sémola y que

*vina granada*

*despartido de letra*



pollos en salmuera saben hacer aquellas manecitas!

El barrido corral es un Arca de Noé: gonzos blanquísimos que se antoja sentarse sobre ellos; una borrica, valentonzos gallos barnizados, el rocín que monta el señor Cura, gordos lechoncillos, un demofiejo de perro bravucón y tórtolas silvestres. Por allá pesebreras y trojes, y bajo techado la cárcel de aves menudas.

¡Este oloreillo de costumbres rancias es de gloria! Así los vinos; si reañejos, muy puros!

Carmela y Margarita son felices. En días festivos van al Calvario á perfumar las naves con sus preces, ó siguen hasta el campo anegado en infinito silencio y honda paz. De regreso la noche les sale á su encuentro en Rancho Colorado. Este ranchejo parece un cuartel: un salonzado encalado, la era llena de resquebrajos, dos sauces que parecen morriones de hielachas amarillas y una jauría furibunda; he ahí todo.

El Rancho de Benhumea, de un doctor humildón y talentoso actualmente, se cae también de podrido. Tiene cubierta de tejamanil; dos ó tres columnas de ocote que sostienen aleros gachos; atrás, encerrados por tapias sarnosas, unos arbolillos muy flacos, y en los macheros amenazantes cerdos gruñones y mulas grenchudas.

¡Allí no van Carmela y Margarita!...  
¿A qué?...

De regreso al pueblo, viene el perro bravucón siguiendo las borrosas rodadas de las carretas.

Entre semana, Carmela y Margarita se dedican á su escuela. Una diminuta hilerá de taburetes y una parvada de inocentes arrapiezas. Aquélla silabea, ésta se pincha los deditos pespunteando y esotra garrapatea en la pizarra. ¡Qué ruido de avispero!

Idas las chiquillas, se sientan tras el vitral á contemplar el crepúsculo dorado; la vuelta del ganado y la salida de los rancheros que van taloneando sus cabalgaduras con tal desgano, que parecen tener las piernas descoyuntadas; la cabeza les campaneá, los brazos hacen inconscientes ademanes despreciativos y en los talones borrachos retiñen las espuelas.

Principia el taconeó de los transeútes, se encienden los churrientos farolejos y en la plazoleta estallan alegres lumbraradas frente á montones de cacahuates y barrotes de cañamiel que vocean destemplados pillastrines.

Margarita y Carmela recuerdan los chistes de don Dimas Corvejones, el que hizo de Bato en una pastorela y empajó el pelícano, el tucán y la gallareta, que aun están sobre un ropero.

—Mira, dice una de pronto, ahí va doña Josefa del Hortigón. ¡Pero ha llegado al colmo del embuste! Sabe cuándo se recorta las uñas el gachupín bodeguero, y el



grueso de la gordura que suelta cuando se baña....

Y siguen platicando de aquella santa señora!....

El señor cura está engolfado en indigestas lecturas teológicas, sorbiendo trago á trago su taza de tabachín.

A esta hora la Botica es mentidero. Don Eulogio, sastre de corazón abierto como un camino, oliente á jabón después del remoquete, llega frotándose las manos. Cuenta su último hallazgo de flechas de obsidiana, el embotellamiento de un escorpión rabisco y de otra alimaña erisada de púas. Ya apuntó en sus "Efemérides" —¡cómo se le había de pasar!— la muerte por cólico hepático del caporal de Sierra Prieta. ¡Si en su libro consta desde el lugar en que yace la carroña de "Tres vidas," hasta el día en que Carmela empezó á tomar sal de Karlsbad para los cálculos!

El boticario despacha unguento doble que parece untaza de carro.

Voltea de pronto don Eulogio al oír un resoplido: es el calloso médico que se deja caer en la silla y ya descansa plácidamente.

Llegan después, el Lic. Barranco, cejijunto y de velludas orejas como obstruidas por algodones mugrientos; el Administrador de Rentas, y por último Don Marianito, el ricachón Don Marianito, agarrado como el cemento y que dado el caso preferiría dejarse pinchar con bieldo, antes que soltar un céntimo de los sepulta-

*instrumento de la villa*

dos.... ¡Dios sólo sabía en qué raíz de madroño ó en qué desviado cauce de río!

¡Y cómo se habla de sus arcones repletos de alazanas que eternamente emboscado oculta hipócritamente!....

Se torna la plática mosaico. Don Eulogio recuerda su famoso miserere. ¡Pero á quién se le ocurre comer tanto!.... Cuatro litros de capulines, dos platos de requesón, un pernil de cabrito, carne acecinada, diez panes y doce huevos duros!.... ¡Santo Dios!....

El Lic. Barranco exhuma dulces recuerdos de cuando fué á tierra cálida. Cuenta cómo creía ver en cada sombra de árbol que la luna proyectaba, un caimán, y en cada hoja seca un alacrán traslúcido como pedazo de caramelo, y cómo llegó á sentir alguna vez—por mera aprehensión—puñados de cabellos en el gznate, babeo tenaz y un hormiguesear constante, que son—según dicen—síntomas de intoxicación por veneno de alacranes. Ajo, ceniza de penca de maguey y chupetones en la picadura, son el remedio. ¡Eso sí, cuando la luna está en creciente, duele un poco el lugarcillo!....

—Margarita de mejoría! exclama el médico acomodando los piés cuidadosamente. ¡Simple catarro, catarro y más catarro!....

A la repentina badajada de las ocho escurrense todos; el puebluco se va adormilando y el silbató de los guardianes corre por las calles como loco.



En montes y bohios se apagan las humosas luminarias, y Margarita y Carmela, con tenazas herrumbrosas, sepultan en la ceniza los tizones....

Muy de madrugada se arroja el puebluco en neblinas temblorosas; techumbres y senderos muestran vidrio en polvo; las matas de tomillo con el rocío de la mañana parecen candiles diminutos de cristal, que se rompen al soplo de los vientos, y como empujadas por la tierra se alzan las neblinas al anuncio del sol.

El caballo del señor Cura espera atado al cuerno que sale del muro; se calienta el labio inferior, blanducho como hule, con las duchas de vapor de su propio aliento.

El Ministro del Señor sale: lleva fieltro aleteante de paja, grises guantes de bardana, capotón de casimir, bufanda de rojo estambre y gruesas espuelas de rodajas sonoras mordiéndole las botas.

Parece romperse el empedrado al duro piafar del rocín del señor Cura. Todo despierta. Aquí un burro destinado á padrear, peludo y dentón, mira remotísimas praderas gloriosas; novillos y toretes dormitan, y entre boñigas que humean y ante perros tumbados á la bartola, los carneros se insultan y se topan. Muy lejos, las chozas humarentas parecen quemarse, y en el aire vagan los mugidos de las vacas y el tronar de los rebenques. z

El señor Cura va diciendo que sí con la cabeza á quién sabe qué preguntas; mien-

tras aquí, en su casa, Carmela y Margarita que oyeron ya la primera misa, sin fastidiosas rebujiñas, se lamen las boquitas untadas de natillas más blancas que la nieve.

Por las campiñas silenciosas cruzan las yuntas arrastrando arados sin mancera como arpones extraños, y los rapacejos del puebluco, sentados en los quicios de las puertas, esperan el sol.

Pero ¡válgame Nuestro Padre Jesús de Villahelada! Seguramente por su dolor reumático se volvió el señor Cura de la orilla del pueblo! ¡Se quedaron sin misa los de Joquitzingo! Detrás le sigue el viejo Dionisio, ginete en su mula zanqui-tuerta.

¡Y qué viejo que está Nicho! Tan milagrero como siempre. Y eso que tuvo la inflación de ser el mejorcito en fuerzas cuando ya grandote limpiaba los incensarios y sacudía sobrepellices y casullas.

Una tarde lluviosa de un Agosto soberbio llegó á casa de Margarita y Carmela, temblando por los truenos y por el agua, pegadas las ropas al pellejo. ¡Y no saldrá de allí... sino muerto!....

Su padre, infame salteador, era de los que agazapados entre vastas hediondillas ó bajo ampones tepozanes, aguardaba tenazmente el paso de las caravanas de indígenas, que entonando cantos monótonos iban á dejar sus ofrendas de pan y cera, ó á colgar de los torcidos ahuehuetes que rodean el santuario milagroso del Señor



de Chalma, cordones umbilicales. Pero el bribonazo dudaba de que Nicho fuera su hijo, y para hacerlo desaparecer obligóle á que, emboscado entre malezas y con recién fogueada carabina, disparase sobre los comerciantes en café. Y Nicho oyó un disparo, la señal convenida; sintió pasar el proyectil un jeme arriba de su cabeza; no disparó, y aturdido estuvo escuchando ruidos y voces. Allí le encontraron muchos soldados, que le llevaron, con el cadáver de un infeliz viajero, ante el Juez de Villahelada.

Nunca quiso confesarse á sí mismo que su padre había tramado la emboscada. En doce años nadie le visitó en la cárcel. ¿Nadie?... ¡Qué mentira tan grande!... Las niñas Carmela y Margarita, sí. ¡Ya lo creo, ellas sí!

¡Ay!... ¡cómo se acordaba de... muchas cosas!... de muchas cosas!...

Y cuando salió de la cárcel, cuando volvió... miró saúces y campiñas hasta sentirse ciego, y escuchó trinos y rumores hasta ensordecerse. Alguien le dijo que su madre había muerto, y que su padre, parálítico, vivía... Y... tuvo un desvanecimiento y un dolor en el roblizo pecho, como de gran puñetazo; pero serenándose corrió á su choza, abrazó á su padre y le ofreció baratijas y dulces.....

Los que después le vieron, dicen que en el monte, ya solo, aullaba como un lobo que perdió su madriguera!...

---

## Almas Visionarias.

---

A JESUS E. VALENZUELA.

El más extravagante de mis sueños. Figuráos, que tras un reblandecimiento cerebral á consecuencia tal vez de trabajos excesivos, había tenido que entregarme á involuntaria molicie contemplativa, al balcón festonado de pasionarias asomado siempre, viendo la eterna polvareda de las nubes.

Afirmaba el médico que la mejoría era muy rápida, aun cuando en contrario hablaban mi delgadez y color de ladrillo.

Debo morir, me decía, y presiento que se cumplirá tal deseo. Mi estómago rebelde rechazaba todo alimento, y á pesar de inyecciones y tizanas, invadíanme incontrastables letargos. Horas antes de morir, pedí vestido negro, montera de seda y guantes oscuros también. Ya vestido, sentado en amplio sillón, fui quedando para siempre dormido.



¡Mentira! ¡Cómo dar á ustedes la idea! . . . . Siéntese con toda exactitud, lo que al hundir la cabeza en un tanque: abriendo los ojos se agrandan las cosas; un céntimo es broquel, y un guiño pupila irritada, en tanto que del exterior llegan risas y canciones roncas y muy confusas.

Empezaron preces y letanías por el descanso de mi alma, sin que cesaran lloriqueos de quienes habíanme amado. Tenía, dentro del ataúd, inquietudes que no sabré nunca explicar. Me impacientaba, ¿qué?

Cuando á la siguiente mañana sentí que me levantaban, estoy seguro de haber sonreído con alegría y satisfacción insólitas. Repitiéronse rogativas y sollozos, y el balanceo del féretro en las cuerdas, me anunció que descendía.

Quedé totalmente cubierto por tierra y losas; se abrieron los ojos de mi espíritu, y empecé una vida extraordinaria.

Muros y tabiques que para los vivos separan fosas y gavetas, no existen para nosotros. Las distancias que median entre las tumbas, constituyen avenidas como en el mundo exterior, y cada sepulcro, con su alcatifa musgosa, es casa en aquel mundo subterráneo. Es interminable la prolongación de habitaciones; derrumbábase algunas masticadas por años de humedad; otras lucen brillo de lluvia reciente, las más son pardas tirando á negro.

Allí las almas son como perfume. Voy á explicarme lo mejor que pueda.

Suponed gotas de aceite y de otros líquidos que tengan densidad heterogénea, flotando en amplio vaso con agua límpida; no habiendo afinidad entre las gotas, cuando se acercan, se deforman simplemente sin que haya fusión íntima. Pues lo mismo sucede con las almas, que—permitid la frase—son gotas de perfume.

Olvido perfecto llena el pasado. La sutileza de aromas constituye abolengo, aristocracia en los espíritus. Olvidaba decir que al llegar un espíritu, es recibido y mostrado como recién nacido en todas las casas, y por último, conducido á mudo llano, amarillento y triste, donde blanquean osamentas dispersas y silban con misterio profundo sauces que se deshojan. Allí queda colgado igual que un capullo. Llámase Campo de la Desolación.

Más lejos, circundado por árboles de copas mucho más grandes que montañas, y de hojas semejantes á las de monstruosos agaves, está un valle que intrincan vegetales de flores y frutos rarísimos. Unas flores tienen forma de bocas enormes y carnidas, y sus frutos parecen caduceos; azules otras, remedan trozos de sulfato de cobre, lilas y blancas como nubecillas; las escarlata son fofas como esponjas; más bien parecen cruentos pulmones de res, y se antojan la mayor parte, cabecitas de niños orejudos.



La luz que todo inunda, no sabré decir de dónde proviene; es apacible, de oro, como la de algunos crepúsculos de la tierra. Llámase Valle de la Destrucción; y aun cuando no es la palabra que usamos, digo así, porque acércase mucho al significado de la verdadera.

Allí flotan las almas, y se confunden y revuelven buscando perpetuamente su alma AFIN, su alma homogénea, con la que, una vez hallada, se funden íntimamente; y de su beso nace fúlgida y alargada flama que oscila y se sacude como flexible cuchillo que hasta su completa destrucción fuera disminuyendo.

Hay espíritus que hace miles de años buscan inútilmente, y son constantes sus excursiones al Valle de la Destrucción. Allí anda el espíritu de un tal Buckingham, que dizque regó en vida miles de joyas, y trasciende á pelambreira de cabra; y un Jesús que habiendo regado simplemente palabras, huele á perfume tan delicado, tan sutil, como si hubiera cruzado millares de millones de leguas á través de infinitas nubes.

El Valle de la Destrucción está refrescado por ríos de aguas transparentes, pero no líquidas; fingen rollos movibles de lienzos gris perla, que pasando por fiero boquete rocalloso, tirasen de su extremo séres invisibles. A ese boquete van muchas almas que desaparecen de pronto en aspiración brusca. Por allí escapan los que al restregón de aquellas linfas tratan

de quitarse algo que les separa de otros espíritus para destruirse.

Oyese un ruido especial, como de . . . . quien ha estado bajo arcadas de acueducto, puede darse cabal idea. A intervalos regulares, hay momentos en que todos aquellos perfumes se incendian, tal como si <sup>man</sup> punto encrespado, suponiendo tal cosa posible, salpicárase de alcohol, éter y otros líquidos volátiles y de pronto se acercara una bujía. ¡Es una confusión de colores, y algunos tan extraños, como no ví jamás! ¡Cómo, diréis! Combinados verde y <sup>azul</sup> añil dan azul, y así todos. Sin embargo, desmentirme no podréis, porque no habéis ido nunca, y yo comprendo que soy impotente para demostrar mi aserción.

Este incendio, es como recompensa y castigo; sufren todos, pero con dolores tan raros, que son humanamente inexplicables; como acero, hierro y cobre, no podrán explicar sus sensaciones cuando los muerde un corrosivo. Lo único que puedo decir para tratar de que entendais, es esto: el sufrimiento es allí, como la imagen, como el reflejo de un pez sobre la luna que piadosa enjalbega las profundidades del océano.

Nada puedo decir de mi dolor. ¿Qué siente una liga cuando se la estira y qué cuando queda libre? . . .

Desde mi llegada estoy siendo perseguido por un espíritu centenario que juzga ser mi gemelo, y trata, acercándoseme,



de provocar una fusión imposible, porque sobre mí pasa como gota de azogue sobre plancha de vidrio.

Mi espíritu, ávido de hallar su gemelo, está esperando el tuyo, amada mía!



### Un alma triste.

A JOSE JUAN TABLADA.

Junto al bullente fontanar, como queriendo subir y quizás por la fatiga exhalando humillo azul, entre higueras y nogales, el rancho de Dionisio se echa para atrás, temiendo rodar empujado por el monte. Bajo techados que sostienen horquetas de madroño, cabecean las mulas inquietas, esperando el carro diminuto que de una galopada plantan de porrazo en el puebluco; mientras el airecillo que trae hedentina de estercoleros, sacude los encinos y los tepozanes que custodían la lente de un pozo ruin. Ollones desgolletados sirven de macetas cuyas plantas son tomillo, yerbabuena y mejorana; granza de cebada y pedazos de costera recargados en el muro forman la casa del perro pitañoso, porque las gallinas duermen al raso, bajo las rudas hediondas ó las retamas llenas de vainillas reseacas.



Sólo el cerdo gruñón no tiene lecho por molesto y bribonazo!

A derecha é izquierda de la puerta están armónicamente colocados racimos de mazorcas blancas, amarillas y rojas y una cabeza de ciervo empajado. Dentro, en obscuro rincón, la escopeta ferrugienta, sosteniendo los morrales de cáñamo y el polvorín formado con un cuerno; ocupando medio cuarto, arvejones y habichuelas, y en el otro rincón, sobre tablas pulidas, esteras delgadas y sonoras almohadas de hojas secas. A un costado del ranchejo está la cocina de humo, siempre tibia por la hoguera perenne de varejones aromosos, y por último ancho claro de ventana sin marco lleva al monte empenachado de oyameles.

Desde aquí se mira el pardo caserío, como una gigantesca fábrica hundida, de la que asoman sólo chimeneas; la hacienda de San Joaquín, que parece una perrera en el inmenso trigal que empieza á granear, y algunas rancherías como pintadas con almagre.

Trepando el monte frontudo ¡quién sabe qué admiración se nos entra por los ojos! A poco andar está una plazoleta de césped, en donde cuentan que tienen sus peleas coyotes desconfiados y perros garrudos; en redor la fosca selva que hacia el Sur, en vertiginosa rampa, desciende á Joquitzingo; rampa tan pronunciada, que suspenso he quedado ante el camino terso en la perspectiva, como pista de boliche

por la cual ha rodado el sol que nace como bola de fuego!

Muy lejos brillan ríos como cenefas de plata, y los oscuros techos de Jajalpa fingen pardos cobertores tendidos sobre arbustillos.

En la madrugada ¡qué atención respira todo! La neblina, como inmenso cortinaje desprendido de los clavos de los astros, cubre con su blancura el valle; los muérdagos simulan erizos brillantes por el lloro de la noche; las húmedas arenas guardan las huellas de los tejones ariscos; cardos engrifados y pinos hilachosos parecen callar, y cuando los frondajes comienzan á silbar levemente, el toldo enorme de la neblina se fragmenta diluyéndose en la atmósfera gris. Y el sol asciende lento como una inmensa burbuja de oro rojizo!

Los troncos de los árboles, ya gachos ó bien rectos, entrecruzándose fingen ventanas multiformes que dan al espacio azul, á los campos ondulantes. á los pueblecillos que dormitan acurrucados en las vagas lejanías.

El céfiro trasciende á resina y á perfume de thé silvestre; aquí lamosas cortezas, allá peñascos blanquecinos por los helechos que parecen escurrimientos de cal viva, y más allá todavía una trabazón de bejucos y enredaderas tupidas.

¡Y sin sentir, la vereda culebreante conduce nuevamente á casa de Dionisio! ¡Y hay que ver los almuerzos cuotidianos!



Trozos de tasajo churruscado con su poquillo de chile y su aroma de ajo crudo, caldillo de amarillas habas con plumas de perejil... ¡Viendo aquello se traban las quijadas de pura ansia! Porque para la pobreza que corre, este Dionisio tiene un fortunón: el borrico emballestado, la vaca paridora, lechoncillos, un par de mulos de finos corvejones, que apenas quitados del arado relinchan y corretean como después de largo descansar, y algunos pedazos de tierra que le dan el pan.

¡Y vaya si sabe hacer la lucha! ¡Bueno de veras para torceduras, pasmazones y sobrehuesos de animales! Albeitar así.... por lo que Dios le ha metido en la sesera! ¡Pero fino el hombre para esas cosas!

¡Ni qué hablar de su valor y fuerza! El sabe en qué lugar del pechazo le truena el corazón! No importa que sea desquijarado y medio, si dentro está la miel! ¡Y qué no sabe hacer!...

El prepara la armada en la límpida laguna de Jajalpa. Primero recuenta las parvadas de patos silvestres que se antojan flotillas de góndolas, y después, calzón á la rodilla, va tendiendo sobre un lecho de tule y popotillos larguísima hilera de cañones de fusil, como una gigantesca flauta de Pan, que espera solamente para rociar balines el incendio de la pólvora que les une. Bueyes amañados y panzudos empujan á la muerte á aquellas góndolas que caen destrozadas ó flotan y se dispersan cuando las ocultas bocas eu-

yo aliento se cuaja en parda nube, vomitan perdigones.

Abalea trigo, curar mal de ojo, fruncir arneros, todo lo sabe! Pero nada tan bien como templar calores en los hornos de carbón! El encino más rudo, de corteza contraída como piel reseca, de brazos crispados que muestran ásperas cazoletas que albergaron bellotas barnizadas, ese como inmensa esponja gris, al golpe tenaz del hacha de Dionisio viene á tierra como un acahual enteco. Y al menudear de sus hachazos firmes se convierte el árbol en montón de rajadas olorosas cubierto con tabaquillo y varejones de jara, que á su vez desaparecen bajo paletadas de tierra apelmazada á puñetazos. Aquella cabeza al rape, con dos agujeros por ojos, es un horno de carbón. Y al diablo todo si al encenderse por dentro se resquebraja la bóveda! Se torna ceniza!...

En la noche, ¡qué par de enchilados ojos aquellos color de ladrillo ó de manos vistas al trasluz! Respiraderos rojizos como antiparras de lumbre sobre ancha cabeza calva!...

Dionisio ríe, y de cuando en cuando clava el hurgón que le sirve para medir las horas, según el chirrido de la gota de saliva que tiembla como araña cristalina al caer sobre el hierro candente. Las ráfagas sacuden los frondajes que susurran y se agitan como azotados por ciegos espíritus invisibles, y el horno resuella y truena como las mandíbulas de un tigre



que masticara la hosamenta de un becerro!

En la barranca lóbrega, todo cobra aspecto fantástico; un escaramujo parece serpiente con uñas; aquel peñasco, un bandido que al andar mueva las matas; pero... Dionisio no ve visiones; el árbol, es árbol; la peña, peña. Se acuelilla frente á chisposa lumbrada de hojas secas vigilando el horno; pero el calorcillo le traiciona y se va quedando dormido: el perro ahoga entre las manos refunfuños amenazantes, suena la chamarasca, rechinan los madroños como en ciclópea flexión, se quiebra una rama; de pronto, silencio profundo apaga todo murmurio, y á poco empieza el anhélito del viento que ya sopla ó bien se aduerme. Pasa la noche fatigosa y muda. El buho sopla su calabazo vacío, y al amanecer, el frío hace estremecer la selva; el cielo ceniciento, luego pajizo, después bermejo y al fin escarlata, se aclara; un gorrión chiquirritín trova cánticos de fiesta en la punta recorva de un pino; en los trémulos aires viajan perfumes de claveles, y el sol que asoma por la rampa del camino, parece que desde alturas enormes cayó estrellándose en las rocas!

Dionisio acuelillado y dormido no vió el destrozo; pero en la noche se abrió una grieta y el cierzo tiritante, tal vez por calentarse, sopló como un fuelle convirtiendo en cenicero el árbol hermosísimo. En la humosa cañada parecía que habían prendido mil morteros con bronce, cuyos frag-

mentos—las estrellas—se habían ido á clavar muy alto!

La brisa helada le despierta; estira los encanijados miembros, se estrega la raleza de su barba y gime contemplando la ceniza:

—Maldito sueño de lechón! La hedentina de los mirtos, la flojera que da el calor de los tizones... ¡me dormí! ¡Maldito sueño!

Remueve los tizones con la pala y mascullando palabras ininteligibles, seguido á trote rítmico por el perro alobunado, toma la vereda que conduce á su ranchejo, donde sus hijos le aguardan con el almuerzo apetitoso: carne sancochada, chile verde en salsa... ¡qué aguanosa pónese la boca viendo aquello! ¡Caramba, si eso pica!

Llega y grita desde el umbral: se perdió el trabajo y el dinero; me dormí!

Suelta el hurgón, pone la tilma de lana sobre un banquillo lustroso, y ya sentado acerca las manos á la lumbre.

¡Vaya un frío!... ¡Estoy medio muerto!

Almuerza, y el medio día le encuentra afañadísimo, trabando y limando los dientes de la sierra para trozar nuevos árboles y hacer nuevos hornos, ó con el agudo guincho de las yuntas anda espiando la salida de los topos. ¡El viejo no pára! Emblandecer las sogas de cuero crudo con enjundia; arrollar á los filetes de las caballerías saliveras de cobre ó embetunar las cabezadas y los collares, él no pára!

A la hora de la siesta calurosa, toma la

*Mejor el que  
-el mejor el que  
para*



escopeta ferrugienta y bajo los nevados tepozanes espía mañosamente á las palomas que allí se arrullan y sombrean. El sol riega vidrios en montes y caminos; el dorado suelo parece corriente de agua quieta sobre la cual se reflejan las trémulas copas de los saúces. La seroja se mueve al viento cual si por debajo corriera escurriéndose una víbora. Agazapado espera Dionisio; de pronto, ¡fuego! y como algodón disputado por ráfagas, el humo de la escopeta se alarga en todas direcciones, y de la tortolilla muerta que cierra los ojitos brillantes como dos granallas, vuelan asustadas las plumas. Pasan abejones desenrollando la cuerda de su reloj, como dice Dionisio; pero ¡diantre! si él puede regalarle hasta dos puñetazos á cualquier hablador... pero matar palomas, cuando su hija Magdalena le ha prohibido... ¡Vamos, si es un canalla!....

Y al llegar al holliniento jacal avienta el mosquete en un rincón.

El campo todo presenta manchas enormes, como de agua que va siendo absorbida por las tierras adyacentes; son las grandes sombras de las montañas que el sol ha echado sobre el plan. Con lentitud é insensibilidad de sueño muere la luz; ruido garganteo de pastores tiembla en los aires y lumbres de chozas dispersas parecen linternas en manos de una patrulla que anduviera buscando un ladrón. ¡Qué suavidad, qué paz!

Vaga, levantándose apenas, parece la

luna roja farola prendida en el bosque. ||

En su choza ve Dionisio con fijeza de fascinación la sangrienta lumbre. Hoy también hace un año el horno de encino en amarguras y cenizas se convirtió. Él no quería pelear; Pedro, por envidioso, buscó pendencia. Mira, hombre, le decía; siembra otro surco de mi terreno y quedamos en paz. Lo que tú creas que sembré tuyo, lo devuelvo. ¡Qué son unas mazorcas! ¡Necio, necio y necio! Me quiso tumbar para pegarme; me hice á un lado, y al dar él sobre el horno.... ¡Jesús!.... ¡quedó cocido!....

Y Dionisio tiembla con escalofríos de terror! ...

